

# La crisis del cardenal Cañizares

Paco Ariza

LOS ÉXITOS le sonríen, está imparable; el sillón de San Pedro se halla a su alcance, piensa, tras la apoteosis de su eucaristía celebrada en el “Instituto de Cristo Rey Sumo Sacerdote”. En las fotografías aparece con una majestad propia de los cuadros de Tiziano, gracias al color cardenalicio conseguido por su sastre y los cinco metros de capa que portaban cuatro sacerdotes. Él, él era el elegido por Dios. Con la complicidad ramplona y aduladora de los nuevos monarcas castellanos, ha conseguido instaurar la pompa y el esplendor medieval en todas las liturgias en las que participa. Éstas se habían perdido como consecuencia de la relajación de las costumbres españolas con la pérfida democracia.

Al ser nombrado cardenal exigió al monarca castellano una cuantiosa bula. Barreda, aconsejado por Bono, encargó a los artesanos moriscos toledanos la confección de un Cristo velazqueño, a semejanza de los existentes en los colegios, pero ennoblecido en fino damasquino y un cáliz y una patena de oro de veinticuatro quilates.

El cardenal, agradecido, ofició su primera misa para derramar la gracia de Dios sobre sus representantes terrenales Barreda, M<sup>a</sup> Teresa Fernández, Bono...

Ahora, recién nombrado para un dicasterio vaticano, el cardenal ha exigido nuevos tributos a los monarcas conversos, insinuando su predilección por el mítico diamante azul de Felipe IV. Barreda se evade aludiendo a la crisis y al retraso de las alcabalas de la construcción. La rotunda respuesta del Primado no se hace esperar: “José María, la crisis económica no existe, es más bien una crisis de valores, fruto de la huida de Dios de la sociedad al basarse ésta en pilares del mal como el relativismo moral, el laicismo y la ideología de género. ¿Puede acaso Dios permitir las experimentaciones clínicas y el avance en la cultura de la muerte?”.

Ante este argumentario, los conversos pidieron al unísono: “¡Comunión!”.